

Ricardo Tejada

UNIVERSITÉ DU MAINE

TOMÁS SEGOVIA: EL EXILIO COMO VIAJE EN POS DEL SENTIDO

TOMÁS Segovia ha hablado poco sobre el exilio. No encontramos en toda su obra un artículo o un libro cuyo tema sea el exilio. Exiliados egregios, de mayor edad que él, como Zambraño, Ayala, Sender, Gaos y, más recientemente, Adolfo Sánchez Vázquez, han hablado sobre el exilio en artículos señeros. Unos lo han tratado como experiencia, de una manera muy entrañada, y otros como una peripecia vista con cierta desenfadada distancia. Unos como un trasplante de una tierra a otra similar, otros como un descentramiento radical de la tierra. La razón de esta «ausencia» es que para Segovia, el exilio —como lo ha repetido en varias ocasiones— no es un tema, sino una «condición, una manera muy fundamental de estar en el mundo» (*EP03 y R*, p. 214). Como se puede apreciar, Segovia emplea nociones para caracterizar el exilio que recuerdan al existencialismo, caso de «condición» (Sartre, Camus), y a la analítica existencial de Heidegger, caso de «estar en el mundo». Sean o no plenamente conscientes estas referencias —al fin y al cabo, ese vocabulario está en circulación desde hace décadas— parecería que el exilio no es, en cualquier caso, para él, una naturaleza consustancial al hombre ni tampoco una circunstancia adventicia o histórica. Ésta es una primera pista.

Vayamos con una segunda pista. Tomás Segovia ha escrito una serie de ensayos magistrales sobre exiliados, en los que la semblanza más emotiva y evocadora se concilia con las observaciones más finas y oportunas. De los textos sobre Juan Ramón Jiménez, maestro al que ha sido siempre fiel, como a su admirado Ramón Gaya, destacaría dos afirmaciones interesantes. Por un lado, el exilio es destierro del porvenir, «lo más cruel», dice él, pues el poeta exiliado se queda desgajado de las nuevas generaciones, de los jóvenes (*SE*, pp. 56-57). Y, por otro lado, concibe Segovia a Juan Ramón Jiménez como el paradigma del exiliado por su fidelidad y por su rebeldía (*SE*, pp. 72-73).

La primera afirmación hay que relacionarla con otra que encontramos en el mismo libro: lo más triste del exilio es «que nos exilia de la historia» (*SE*, p. 197). Exilio del porvenir, exilio de la historia: vemos cómo el exilio es una condición del hombre por la cual queda éste sacado de sus goznes temporales, aquellos que lo ligan a la sucesión de las generaciones, a los futuros lectores, a los que transmitirán y recibirán su obra, y aquellos que lo acogen en el curso pautado de la humanidad. La segunda afirmación nos recuerda que el exilio es condición, pero también asunción de esa condición, es decir, «agrió deber» (*Anagnórisis*) que no se toma al modo de un imperativo categórico, sino como una forma de fidelidad a esa propia condición, fidelidad amarga de aceptar, pero también, y quizá por eso, fidelidad rebelde ante el decurso habitual de la historia.

Hablábamos antes de Ramón Gaya, otro referente artístico y moral, de gran importancia, en la educación sentimental e intelectual de Tomás Segovia. De él nos dice, en una de sus extraordinarias semblanzas, que «fue un exiliado, pero *no es* un exiliado, e incluso cuando lo fue no hay que pensar en él como un exiliado que era Ramón Gaya, sino como un Ramón Gaya en el exilio» (SE, p. 197). Paradójica afirmación que parece sugerir que fue exiliado pero que no vivió como exiliado o, mejor dicho, que era uno de tantos exiliados del 39, sin que él *fuese* un exiliado. El exilio no se encarnaba en él, o no hacía del exilio un personaje o un papel que interpretar, sino que vivía en el exilio, sin que él hubiese tenido «vocación» o «pose» de exiliado. Este planteamiento enlaza con la idea antes citada de que el exilio es un «estar en el mundo».

Pero lo que nos podemos preguntar es si el mismo Tomás Segovia se considera un exiliado. La respuesta que ha solido dar es que ha sido, más bien, un retoño, un hijo del exilio. Lo cierto es que salió de España sin apenas cumplir los doce años, a una edad en la que se hace lo que los padres o, en este caso, el padre mande. El exilio no fue pues para él, no pudo ser, una decisión tomada con plena conciencia con el fin de «salvar el pellejo», sino un «irse del país natal» inserto casi en un destino que inunda casi toda su vida¹. No habría, en sentido estricto, un antes y un después, sino, más bien, un después que lo llena todo y, de esta manera, la nostalgia hacia las épocas pasadas, los recuerdos indarraigables de la juventud o de la plena madurez o, acaso, la peculiar «memoria» indeleble de lo «prenatal», como en algunas exiliadas españolas, jugarían un papel escaso en la urdimbre emocional del poeta. Todo aquello vivido en el país de origen estaría como entre brumas, muy lejano, como si hubiese nacido en el exilio, como si el exilio fuese un «nacer» muy cercano al nacimiento².

Lo cierto es que, una vez leídos sus extraordinarios cuadernos de notas, *El tiempo en los brazos*, habría que matizar estas hipótesis. Quizás esta voluntad de desvincularse del papel de exiliado, en estos últimos años –en absoluto del exilio republicano como tal– tenga que ver con su mayor reconocimiento público, en la «república de las letras», en el mundo intelectual y artístico, en México, por supuesto, y también en España, desde hace unos cuantos años, reconocimiento, añadiría yo, no todo lo rápido que hubiéramos querido sus lectores y el propio Segovia. La primera mención al exilio data de 1956, unos años antes de su llegada a Uruguay, que es, no lo olvidemos, cuando empieza a madurar su proyecto de *Anagnórisis*. Anota, cuando vive en México, haber profundizado «aunque sin medirlo todavía –el sentido de este exilio». Y añade: «lo importante sería saber hasta qué punto es *mi* exilio y hasta qué punto el de la poesía misma» (TB, p. 329). Vemos pues cómo el exilio surge ante todo como un interrogante, una interrogación acerca de su propia condición de exiliado e, incluso más importante, acerca del parentesco, extraño, entre la poesía y el exilio. Me atrevería a sostener como hipótesis la idea de que el exilio en Segovia es decir poético, pero que la meditación acerca de este decir sólo puede ser ensayística, cierto, un decir poco estilizado (como apenas lo son los propios cuadernos) con el que Tomás se encuentra a veces incómodo, pero que sabe volverlo plástico y muy apegado a los meandros del poetizar en el exilio.

El mismo año, 1956, meses más tarde de esta anotación, concluye: «Vivo en el exilio, lo he aceptado» (TB, p. 361). Se confirma así que el exilio baña el modo de estar en el mundo del poeta hispano-mexicano. No es exiliado, vive en él, lo hereda, es hijo del exilio. No es que lo lleve en los genes, sino que la asume filialmente –lo cual quiere decir casi siempre, de manera amorosa y también conflic-

1. Me remito, por ejemplo, a la charla que nos dio en la Universidad de Le Mans el 3 de diciembre de 2004.

2. En la misma conferencia, antes citada, dice Segovia: «nací exiliado».

tiva—, asume como sentido la condición de sus padres y del pueblo republicano. Si exiliado ha sido Segovia es, más bien, como hijo pródigo, figura bíblica que aparece en algunos pasajes claves de sus cuadernos. Y si nos atenemos a la etimología de «pródigo» figuran en ella dos polos contrapuestos, los de prodigalidad, abundancia, dadivosidad, y los de consumo y desperdicio de la vida. La vida del que vive en el exilio parece haber sido desperdiciada, al estar al margen de la circulación de mercancías (materiales y espirituales) de las que está hecha la Historia oficial, pero, paradójicamente, no lo es, pues ese desperdicio se revela como ganancia de sentido, valor, pero no en un sentido monetario.

Muchas de las acepciones moduladas por Segovia realzan el sentido etimológico de la palabra latina «exilio» en el que destacan dos ideas: la de saltar afuera y la de elevarse hacia algo, sólo que para el autor de *Anagnórisis* esa salida no es una salida fuera del espacio sino del tiempo, de la historia. Y destacaría otro punto: no es tanto el saltar hacia otra parte, como gesto voluntario, ni la acepción actual de exilio de ser forzado a salir de un lugar las que son subrayadas por Segovia, sino un «estar fuera».

Este «estar afuera» es «habitar una patria invisible —vivir con secreto» (TB, p. 567). Y esta transparencia, añade él, no oculta la tierra. Esto es esencial porque toda búsqueda identitaria (y de esto, en este santo país, no hemos aprendido todavía todo lo necesario) supone no enterarse, «enterrarse», como diría José Bergamín, escritor al que tuvo mucho afecto Tomás Segovia durante su periodo parisino. La tierra se revela, se desvela, desde la patria y la casa invisible; no desde el solar y el árbol... Es de esta manera cómo ese «estar fuera» es, de forma paradójica, un «estar dentro», teniendo «*relaciones íntimas con la vida, no con la muerte*» (TB, p. 567).

Quizá se podría hacer, en este sentido, una aproximación a las consideraciones de Ramón Xirau sobre el estar y la presencia como rasgos más propios de la condición humana, con la salvedad de que en Segovia ese vivir fuera, ese estar fuera, surge —como decía antes— de unas brumas, de unas brumas en las que lo significativo y la significación no han arraigado todavía³.

El «Preludio con canciones» con el que comienza el largo poema *Anagnórisis* (EOD, p. 31) está presidido por un lugar en el que el aire y el agua, la noche y el día, lo humano y lo inhumano se confunden en un miasma indiferenciado: «La ciudad amanece entre los brazos de la niebla». Es una situación de expectación, de ansia por ver algo. No se sabe lo que nos depara la ciudad entrevista. Deseo y angustia se confunden: «apenas insinúa en un difuso ahogo / el día su remota fuerza / duerme aún entre roces de pálidas caricias / se agita bajo un soplo de besos fatigados». El contacto está por establecer, no hay apenas tacto, sólo presentido, deseado, pero en su cumplimiento imaginado, no pleno, desvaído, cansado. Lo neumático es aquí también muy importante: el «ahogo», el «soplo». Se trata de la respiración, entrecortada, y del deseo, apenas todavía entrevisto, de un fluido respirar. Todo está por deletrear y pronunciar, por desglosar y remendar, desmembrarse en la articulación de lo que puede empezar a tener sentido:

*jirones del lenguaje entrecortado
de unos borrosos labios indecisos
conmovido susurro sin sentido
sentencia de suspiros soñolientos
todo está confundido difundido fundido.*

3. Se podría establecer una aproximación entre esta situación de bruma del sentido y el «hay» (le «il y a») del que nos habla Lévinas (*De l'existence à l'existant*, Vrin, 1990 [1ª ed.: 1947], pp. 109-112) o también con la nada blanca de la que nos habla Deleuze en *Diferencia y repetición* (*Différence et répétition*, PUF, 1997 [1ª ed.: 1968], p. 43). Tomás Segovia nos dice en otro sitio que «el lugar donde brota el sentido confina obviamente con el sinsentido» (R, p. 68).

Todas estas aliteraciones extremadamente logradas subrayan «eses» y «efes», seguidas de «us», palabras apenas pronunciadas, quedas, en la duermevela, que parecen deslizarse hacia el «shhh» prolongable del que pide silencio, del que no quiere decir más, salvo pasar al silencio.

Tomás Segovia nos comentó en Le Mans, el 3 de diciembre de 2004, cómo el inicio de *Anagnórisis* surgió de un proyecto de un poema en torno a una ciudad bajo la niebla. Esa ciudad es, biográficamente hablando, Nueva York, adonde llegó la familia Segovia en 1939, en un día gélido de niebla. Seguramente, la cercanía entre el puerto de Montevideo y el de Nueva York y, sobre todo, el haber cumplido en Uruguay un doble exilio, de España y de México, le permitió una doble torsión que será decisiva en su recorrido ulterior: el «saberse» exiliado, de una manera lúcida y realmente operante, y el verse transido por una idea creativa que daría lugar a *Anagnórisis*. No veo, por cierto, en este punto, por qué habría que disociar el ensayo y la poesía en su obra, dado que ambas formas de tratar el sentido o de tratar con el sentido se emparejan en un momento clave de su obra o, mejor dicho, hunden sus raíces en una misma experiencia decisiva⁴.

Este brevísimo recorrido por el preludeo de *Anagnórisis* muestra hasta qué punto el momento inicial del exilio es una especie de grado cero del sentido y cómo recobrar o reapropiarse el sentido es un ejercicio respiratorio, rítmico, un recobrase de un vahído inicial, pues entre el síncope y la síncope hay un extraño y sutil hermanamiento⁵. Segovia reivindica esa necesidad de un lenguaje que diga el sinsentido, pues sólo él logra crear un sentido pleno, integral, mientras que el lenguaje que es en sí mismo sinsentido encarna el verdadero nihilismo.

Decíamos que el momento inicial de *Anagnórisis* señala el comienzo de lo humano y es porque, como lo ha dicho Segovia en los últimos años, el animal no puede contemplar, está atado a un perpetuo presente —recuerda al famoso verso de Rilke— y sólo el ser humano está inmerso en la presencia. «Nunca se le abre [al animal] la realidad como plétora del sentido» (*A*, p. 41), o dicho de otra manera, enlazando con una idea anterior, la prodigalidad del sentido que nos hace hijos pródigos. El niño Tomás Segovia, al llegar a Nueva York, estaba ya transido por el sentido, sin palparlo, realmente. El presente se volvía presencia, sin que se apercibiese de ello.

Segovia ha subrayado en varias ocasiones tres rasgos fundamentales del sentido: su incompletud, su riqueza inagotable y su vínculo con el tiempo. Expliquémoslo muy brevemente. ¿Cómo es posible que el sentido sea incompleto si es, al mismo tiempo, inagotable? ¿De dónde deriva su incompletud? ¿Del mismo lugar que su plétora? No exactamente. La incompletud está ligada a que el hombre no puede tener todo el sentido en un puño, de una vez por todas, sólo puede destejerlo y tejerlo en la continuidad del tiempo. La plétora deriva de lo real, de su interminable valor.

En una ocasión afirma creer «en la plenitud y la inagotabilidad del sentido» (*SE*, p. 141). Pero, ¿puede ser esto objeto de creencia? ¿Es un acto de fe, como aquel del que hablaba Ramón Gaya al meditar acerca de la pintura? Si el sentido sólo puede ser objeto de creencia, ¿será porque no puede ser objeto de conocimiento? Algo de eso hay, pues, apoyándose en la lingüística y en la filosofía del lenguaje, afirma que la verdad de un lenguaje no es ser verdadero o falso, según la lógica, sino «atinado o desatinado según el sentido» (*SE*, p. 179).

4. No es casualidad que escritores admirados por Segovia, como Paul Valéry y T. S. Eliot, en etapas iniciales y decisivas de su formación, coincidan en su doble vertiente de ensayistas y de poetas. Véase la entrevista *Aoo*.

5. «Absorber el sentido, tomar sentido, es siempre recobrar el sentido», en *R*, p. 58.

Aquí también aparecen ciertas concomitancias con la defensa del sentido por el filósofo francés, Gilles Deleuze, independiente de la designación, de la manifestación y de la significación, según éste. También las podemos encontrar cuando Segovia sostiene que el sentido es un más allá del que el sistema lingüístico va siempre a la zaga y cuando defiende que hay un sentido anterior al sentido del mundo, de la conciencia (*CI*, pp. 93 y 118). Deleuze reitera en varias ocasiones en su libro *Lógica del sentido* que uno se sitúa de golpe en el sentido y que siempre está éste presupuesto desde el momento en que un yo empieza a hablar. La diferencia entre ambos autores estribaría, entre otras cosas, en el amarre estructural del sentido en Deleuze (a partir de las regularidades enhebradas por las singularidades) que contrasta con el amarre en lo real de toda producción del sentido para Segovia. Por último, el sentido en Deleuze parece surgir, manar, en ese eterno eclipse y aparición, de ese peculiar «sumidero temporal» que viene a ser ese tiempo menor que el tiempo mínimo pensable, el Aión, en su terminología, mientras que en Segovia el sentido «funciona por relevos, por pasos, por propagación o vecindad, por ondas o contagio», es decir, que «el sentido es tiempo y nunca se deja espacializar del todo» (*CI*, p. 145). Estos relevos no son ni enteramente azarosos ni enteramente determinados, están orientados, o lo que es lo mismo, están imbricados en una praxis cuyo horizonte es la historia. Todo sentido está en dependencia de otro, pasado, que ha tenido ya lugar y con el cual «habla», «resuena», entra en contacto por unas afinidades que dan sentido, que son sentido: «El sentido es sentido del tiempo y el sentido del tiempo es valor del tiempo» (*SE*, p. 218).

Aquí se pueden desenhebrar dos cuestiones cruciales en la obra de Segovia: la filiación y la pareja «deseo-valor». Por un lado, atribuye él mucha importancia a la relación parental, a la herencia, a la transmisión generacional, en la preservación del sentido, e incluso, en su propia existencia. «En el tiempo biológico, el pasado no tiene sentido». El sentido proviene de saberse hijo de, de saberse inscrito en un filiación que continuará después. El pasado alimenta toda significación.

No es una casualidad el que en los ensayos de Tomás Segovia se hable, en momentos claves, de la orfandad, del expósito que es Edipo, y es que el exiliado tiene rasgos comunes con el huérfano, que se acrecientan en su caso al no haber podido conocer a su madre, como fue el caso del poeta romántico Gérard de Nerval, tan cercano a la sensibilidad de Segovia. La orfandad es una especie de oquedad, de ausencia, inaprensible, pero omnipresente. Ahora bien, de la misma forma que nuestro autor distingue la mudez de estar callado, se podría decir que un animal no se siente huérfano de nada. Nace, y salido del nido, o incluso de la placenta, queda cortado de lo que le dio luz. Por el contrario, en la condición humana, uno se siente vinculado a un sentido pretérito, que puede ser insuficiente, incluso molesto o doloroso, algunas veces lleno de virtualidades, pero que, en cualquier caso, nos impulsa a tejer y destejer nuevos sentidos. La aceptación del exilio se une, de este modo, a una «sed de ser reconocido» (*TB*, pp. 589, 606 y ss). Creo que esta búsqueda impenitente de una nueva presencia, ligada a un sentido pleno, a un reconocimiento, reúne en un hilo poderoso e impalpable, salvando la diversidad de tonos originales en cada uno de los filósofos, planteamientos como los de un Ramón Xirau, en su magnífico ensayo *Sentido de la presencia*, de 1953, o el «Adsum» de Zambrano, pórtico de *Delirio y destino*, escrito por las mismas fechas.

Traducir al exiliado Hugo traducir al huérfano Nerval son como dos caras de la misma moneda: un viaje en pos del sentido como cura de la herida del exilio. Pero ¿por qué caracterizar la búsqueda denodada del sentido como un viaje? ¿No es, al fin y al cabo, el viaje lo contrario del exilio, de la errancia? Quisiera subrayar el sentido profundo del viaje, no como traslado estático a una estantería de monumentos, tal y como se entiende hoy en día, por obra y gracia del turismo masificado, sino

como recorrido interior, una especie de *Bildungsroman* vívido, lleno de requiebros, fracturas, muertes y renacimientos. Los cuadernos de notas, recientemente publicados con el título de *El tiempo en los brazos*, muestran, con gran intensidad, este vagabundeo por el tiempo, pues el exilio, tal y como él lo vive, se emparenta cada vez más, sobre todo desde su estancia en Uruguay, y luego en París, con un montar y desmontar tiendas de campaña, en donde albergar y construir sentido, crear lugares poéticos en donde cobijarse. Así pues, el lenguaje no es la casa del Ser (Heidegger), nos dice Tomás, sino la «casa de un viajero que nunca vuelve a casa» (A, p. 231). La afirmación es más decisiva de lo que pueda parecer. Por mucho que haya sendas perdidas por el bosque, todo vuelve a lo mostrenco de la identidad y del nosotros, si tenemos una casa permanente adonde volver. El lenguaje se hace portador de un itinerario temporal a lo largo del cual se construyen casas que muchas veces coinciden con el trazado de un sentido del propio viaje. El viaje del sentido es, además, un trazado del deseo. Es el deseo el que hermana el mundo con el creador, confiriendo valor a aquel o a aquello que da sentido. O, más bien, es el valor de lo amado, de lo deseado lo que otorga sentido y traza una especie de épica en torno a la realidad.

Y dado que la belleza, según Tomás Segovia, está íntimamente unida al sentimiento de lo real, se puede afirmar, dice él, que «en el fondo todo exilio es exilio de la belleza» (TB, p. 708), belleza, precisa enseguida nuestro autor, que no es cualquier tipo de ella sino más bien «esa belleza del mundo como *sentimiento de lo real*». En este punto, y dejando de lado los componentes platónicos que en Segovia no están presentes, se puede decir que hay una concomitancia profunda con la manera como vivió el exilio Rosa Chacel, es decir, como pasaje, no sé si de ida y vuelta (aunque más nómada y vagabundo en Segovia), como viaje en pos de la belleza completada o culminada por la cualidad de lo real.

Segovia se muestra, en esta cuestión, muy cercano al sentir de lo real manifestado en los ensayos de Ramón Gaya: una especie de embeleso inmanentista por el cual el deseo se hace carne con el mundo. Este deseo es el motor del viaje en pos del sentido. Es el deseo el que está detrás de toda creación y de todo arte verdadero: algo «atemporal, ahistórico» y que «funda la historia» (CI, p. 122). Es en este planteamiento, que podría recordar a un espinosismo postromántico, en donde Segovia muestra su distanciamiento respecto al estructuralismo levistraussiano y al historicismo foucaultiano. En su cuaderno de notas, ya en 1956, advierte de lo siguiente: «La estructura es la organización de la realidad quitándole la realidad» (TB, p. 317). Aquello que se crea, en tal o cual momento, se abre camino por entre las pinzas de lo pensable en un momento histórico dado, desgarrando las estructuras que aprisionan lo susceptible de ser enunciado. Crear sentido es, en el fondo, «comunicar», comulgar con la surgencia de sentido de todos los tiempos históricos. Crear un poema es hermanarse con el hombre de Neanderthal, como me dijo en Le Mans, en una conversación inolvidable. Nada que ver con una jaula de enunciabilidad, que nos atraparía desde el primer momento de verbalizar algo. De ahí, a mi modo de entender, que no haya una propuesta filosófica tan «comunitaria» –en absoluto solipsista, como le reprocha Octavio Paz– como la de Segovia. Mientras que el autor de *El laberinto de la soledad* parece caer en una especie de budismo mallarmeano o wittgensteniano según el cual el sentido del mundo está fuera del mundo, el poeta hispanomexicano apuesta (por lo que se columbra de la carta que le envió) por una visión de lo real como residuo, por la cual, pese a que el sentido es indecible, se construye y se palpa en el uso y comercio con el mundo (CTS, pp. 150-154).

Lejos de ser voluntarista este sondeo incansable del sentido, se presenta como el único modo de conferir sentido al sinsentido de la historia, y no hay mayor sinsentido que ser expulsado del país

natal. Así pues, el combate de Tomás Segovia, combate ejemplar que no deja de tener algo de épico, por mucho que haya sido en parte un combate solitario, es el de haber empleado todos los útiles a su alcance (poesía, traducción y ensayo) para llenar de miel de sentido la hiel del exilio.

BIBLIOGRAFÍA (Y ABREVIATURAS)

POESÍA

En los ojos del día. Antología poética, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2003: *EOD*.

NARRATIVA

Otro invierno, México, Ediciones sin Nombre, 1999: *OI*.

ENSAYOS

Poética y profética, México, FCE, 1989. [1ª ed.: 1985]: *PP*.

Cuaderno inoportuno, México, FCE, 1987: *CI*.

Alegatorio, México, Ediciones sin Nombre/CONACULTA, 2005. [1ª ed.: 1996]: *A*.

Resistencia. Ensayos y notas. 1997-2000, México, Ediciones sin Nombre/CONACULTA, 2005. [1ª ed.: 2000]: *R*.

Recobrar el sentido, Madrid, Editorial Trotta, 2005: *RS*.

Sobre exiliados, México, El Colegio de México, 2007: *SE*.

ENTREVISTAS

«La sabiduría de la humanidad está en la poesía: Tomás Segovia», *La Jornada*, México (8 de enero de 1999): *J99*.

«Tomás Segovia: los ojos abiertos a la noche», *Agulha. Revista de Cultura*, Fortaleza/São Paulo (agosto de 2000). En <<http://www.secrel.com.br/jpoesia/agsegovia.htm>>: *A00*.

«Tomás Segovia: “El exilio no es un tema, es una condición”», *El País*, Madrid (5 de abril de 2003): *EP03*.

EPISTOLARIOS

PAZ, Octavio, *Cartas a Tomás Segovia (1957-1985)*, México, FCE, 2008: *CTS*.

DIARIOS

SEGOVIA, Tomás, *El tiempo en los brazos. Cuaderno de notas (1950-1983)*, Valencia, Editorial Pre-Textos, 2009: *TB*.